

ÉTICA, RETÓRICA Y DEMOCRACIA

No sabe hablar quien no sabe callar.
Pitágoras

¿No sabes acaso que la mentira es odiada por todos los dioses y hombres?
Platón

Para saber hablar es preciso saber escuchar.
Plutarco

Las espadas hieren el cuerpo pero las palabras el alma.
Proverbio Árabe

A pregunta rápida, contestación lenta.
Proverbio italiano

*Se puede amar a los amigos y a la verdad,
pero es un deber sagrado dar preferencia a la verdad.*

Aristóteles

INTRODUCCIÓN

Este trabajo analiza la retórica en la vida política y su papel en el juego democrático. En un primer momento se muestran algunas de las características básicas de esta disciplina así como las dos clases generales de retórica, acompañadas de los elementos que las distinguen. Asimismo, se aborda la cuestión sobre la que desde antaño se preguntaban en la Grecia clásica acerca de si se debe o no hablar con la verdad en todo discurso. También se analiza al demagogo, personaje común en las democracias, de cuyo perfil se señalan algunos elementos, especificando cómo estos influyen de manera perjudicial en la vida política.

1. PRIMERA PARTE. ELEMENTOS PARA COMPRENDER LA RETÓRICA

La retórica tiene que ver con el uso oral de las palabras. Son las palabras las que nos dan existencia como seres humanos, diferenciándonos de los animales. La palabra es el don que nos diferencia de las demás criaturas y el instrumento con el que podemos servir mejor a la sociedad y al Estado. (Heredia, 1999, 17-18). Las palabras producen actos, ahí radica su poder. En la palabra se encuentra el origen tanto de la esclavitud como de la libertad. Es libre aquel que no se tropieza con las palabras, aquel que puede circular sin estorbos por el lenguaje. De ahí la frase: “Se es esclavo de lo que se habla y amo de lo que se calla” pues, las palabras, una vez dichas no pueden borrarse.

La lengua acompaña al hombre en su historia, ha estado presente desde las antiguas civilizaciones. En Occidente, el relato bíblico comienza cuando Dios crea el mundo a través de la palabra: “Hágase la luz y la luz se hizo”.

Los siete días de la creación están dominados por la palabra. En la cultura oriental, Tzu-Lu pregunta a Confucio: “Si el duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿cuál sería la primera medida? El maestro dijo: ‘La reforma del lenguaje’” (González, 1979, 12).

En el uso del lenguaje existen varios tipos de individuos:

- El que tiene la virtud o don de palabra de forma innata (orador).
- El que tiene la virtud o don de palabra de forma innata y además se acompaña de un razonamiento lúcido (orador con pensamiento crítico).
- El que tiene la virtud o don de palabra de forma innata, se acompaña de un razonamiento lúcido basado a su vez en una formación ético-filosófica (orador, crítico y ético).

Este último es precisamente el individuo poseedor de una capacidad retórica acompañado de una formación bella y justa.

La formación del orador no puede reducirse a la adquisición de las técnicas de la palabra sino que implica la edificación del hombre virtuoso. No puede existir un verdadero orador que no sea al mismo tiempo un hombre de bien (Heredia, 1999, 18).

No obstante, cabe señalar que la retórica no es patrimonio de todos sino sólo de unos cuantos. En este sentido el sabio Plutarco escribió: “El estudio y ejercitación en este trabajo como empresa difícil sólo es para los que tienen ocio y tiempo que dedicar a tales primores” (Plutarco, *Vidas paralelas*, 294), en tanto que Marco Fabio Quintiliano escribió: “Una cosa se debe afirmar y es que de nada aprovecha los preceptos de este arte cuando no ayuda la naturaleza.” (Quintiliano, 1999, 33).

Algunas definiciones de Retórica son las siguientes. Para Sócrates, la retórica no es un “arte” sino un “ejercicio” o “habilidad”. Platón, en el Diálogo *Gorgias*, escribe:

Polo. ¿Pues qué es la retórica según tú?
Sócrates. Una especie de práctica

Polo. ¿Una práctica de qué?

Sócrates. De producir cierto agrado y placer (*Gorgias*, 462b, 8 y 462c 3 y 7).

Para Aristóteles, “La retórica es la facultad de contemplar lo persuasivo” (Aristóteles, *Retórica*, 1355b, 25-26).

Para Antonio López Eire, “La retórica es el arte de conocer y manejar debidamente la fuerza del lenguaje para persuadir a un oyente” (López, 2002, 20).

Para Werner Jaeger:

En el arte de la oratoria, su aptitud para dar forma a un plan complejo y articulado lúcidamente, procede simplemente del natural y maduro sentido de las leyes que gobiernan el sentimiento, el pensamiento y el lenguaje, el cual lleva finalmente a la creación abstracta y técnica de la lógica, la gramática y la retórica. (Jaeger, 1978, 9).

Integrando las anteriores definiciones se entiende por retórica la disciplina que se ocupa de estudiar y sistematizar los procedimientos y técnicas del lenguaje puestos al servicio de una finalidad persuasiva acerca de cualquier asunto a tratar. Es la técnica para expresarse de manera adecuada logrando la persuasión del destinatario. Es la capacidad del bien decir, de dar al lenguaje eficacia para deleitar, persuadir o conmover. La retórica es la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble para convencer al espectador.

A quien ejerce la retórica se le denomina retórico, rétor u orador, es decir, aquel que tiene habilidad para hablar, para manejar con maestría el lenguaje. El orador actúa construyendo y pronunciando un discurso con el que consigue influir y convencer al oyente. El arma fundamental del orador es el manejo del lenguaje.

La palabra, en manos del retórico, posee un poder mágico que hipnotiza. Mediante el uso de esta se puede obligar a obedecer los deseos del orador. He aquí el origen de la esclavitud o sometimiento a través del lenguaje. Al respecto, Platón escribió:

La palabra es un gran soberano que con el cuerpo más insignificante e invisible realiza los trabajos más divinos, pues es capaz de suprimir el miedo, apartar el sufrimiento, producir gozo e incrementar la piedad” (Platón, *Gorgias*).

Por su parte, Cicerón consideraba al oyente masivo como “una lira que el orador debía pulsar hablando”, mientras que Fernando del Paso afirmó:

Con esas veintiocho letras se funden y destruyen imperios y famas, con ellas se escriben cartas de amor perfumadas con pachulí y se redactan, con sangre ajena, condenas de muerte (...). Con estas letras se hacen los periódicos y las leyes, con ellas se hicieron la revolución Francesa y nuestra Constitución (...) Con las letras se da vida a las causas y a los hombres, con ellas se les da muerte (Del Paso, 1987, 330).

Quizá los mejores discursos, reconocidos hoy como modelos fueron los que se produjeron en la Atenas clásica donde la retórica floreció junto con los debates y la libertad garantizada, tanto para el orador como para el público. En este sentido Werner Jaeger afirma: “En este respecto hemos aprendido mucho de los griegos. Hemos aprendido las formas férreas, válidas todavía para la oratoria (...)” (Jaeger, 1978, 9). De igual manera, Víctor Hugo Méndez señala:

Independientemente de los antecedentes o paralelos que pudieran existir en otros lugares, ninguna otra civilización puede reivindicar para sí la paternidad de la retórica occidental. Los griegos clásicos dividieron la retórica en deliberativa, judicial y epidíctica (Méndez, 2007, 27).

Para el desarrollo de la retórica existían principios de convivencia cívico-política como eran:

- La *isonomía* (igualdad ante la ley)
- La *isegoría* (igualdad en el derecho a la palabra)
- La *parrhesía* (libertad de palabra).

Más tarde, en la Roma clásica, aparecerá la figura del “Rétor” en la persona de Marco Fabio Quintiliano quien se dedicará a enseñar retórica acompañada de una fuerte formación ética. El *rétor* tenía entre sus funciones enseñar Retórica pero acompañada de un conjunto de cualidades referidas a la conducta moral y al carácter. Quintiliano actuaba en base a dos principios: *cercanía* y *constancia*. El primer principio, cercanía, se refería a permanecer cerca de la persona a quien se influye éticamente. En este sentido, el *rétor* ofrecía diálogo a su discípulo, establecía una relación estrecha que daba confianza, fluidez y seguridad a la vez que resolvía cualquier duda. El segundo principio, constancia, se refería a la continuidad en la formación, la perseverancia y permanencia. La reiteración de los valores éticos debía hacerse con paciencia, habilidad y tacto con el fin de no generar un rechazo hacía las enseñanzas. En esta época cualquier *rétor* u orador poseía un perfil que reunía al menos las siguientes características: capacidad de expresión, de argumentación, de convencimiento, de persuasión, de razonamiento con agilidad mental, elocuencia y dominio de la palabra, manejo del lenguaje no verbal, sagacidad y seguridad ante el auditorio.

1.1 *¿Hablar con verdad o mentira?*

Una pregunta básica que se plantearon los griegos clásicos fue la de si el retórico, al estructurar su discurso y dirigirse a un auditorio, debía hablar con la verdad y la justicia. Desde entonces, y a lo largo de la historia, la respuesta a esta pregunta ha dado pie a dos posiciones: los que mienten y los que son veraces. Para Sócrates, el orador debe ser honrado y ajustarse a la justicia, en virtud de que:

Dirigirá a las almas los discursos que pronuncie (...), y dará lo que dé y quitará lo que quite con el pensamiento puesto siempre en que la justicia nazca en las almas de sus conciudadanos y desaparezca la injusticia, en que se produzca la moderación y se aleje la intemperancia y en que se arraigue en ellas toda virtud y salga el vicio (Platón, *Gorgias*, 504d, 6-12 y 504e, 1-3).

Para Benjamin Constant, “el deber de decir la verdad sólo es un deber en relación con aquellas personas que tuvieran derecho a la verdad” pero esta se reserva a unos cuantos. Para Kant, “decir la verdad es un deber absoluto”.

Este autor consideraba que la mentira genera una lesión que se acompaña de injusticia.

Decir la verdad en todas las declaraciones es un sagrado mandamiento de la razón, exigido con carácter absoluto y no un mandamiento limitado por conveniencia alguna (Kant, 1797 a, 427).

De esta manera, el debate sobre si el discurso se acompaña de verdad y justicia así como sobre la actitud del orador, ha dado pie a la existencia de dos clases de retórica. En palabras de Platón:

Pues si hay estas dos clases de retórica, una de ellas será adulación y vergonzosa oratoria popular; y, hermosa, en cambio, la otra, la que procura que las almas de los ciudadanos se hagan mejores y se esfuerza en decir lo más conveniente, sea agradable o desagradable para los que lo oyen (*Gorgias*, 503a, 5-10).

Este mismo autor, en otra de sus obras escribió: “El que elogia lo justo dice la verdad mientras que quien elogia la injusticia miente” (Platón, *La República*, 591 b).

1.2 Primera clase de retórica. Los que no dicen la verdad: enfoque negativo

En este enfoque, el retórico carece de una adecuada educación y formación ética, lo que da pie a que su discurso se centre en persuadir y manipular. Se apoya en una distorsión de la verdad y la justicia para llevar al auditorio al servicio de intereses particulares. En esta clase se encuentran los demagogos y los aduladores. Bajo esta óptica la retórica es vulgar o corriente.

Ute Schmidt Osmanczik señala que para Platón, “el político real llega al poder mediante una retórica de dudosa calidad” (Schmidt, 2002, 38).

Una característica fundamental en esta perspectiva retórica es la persuasión. Para Sócrates, la retórica “es productora de persuasión que hace creer, pero no de una persuasión que enseña con referencia a lo justo e injusto” (Platón, *Gorgias*, 454 e, 455a).

En el diálogo *Gorgias*, Platón se pregunta: “¿Qué persuasión produce la retórica y sobre qué objeto?” (*Gorgias*, 454b, 1), para más tarde él mismo responder: “Si te parece, establezcamos dos clases de persuasión: una que produce la creencia sin el saber; otra que origina la ciencia” (Platón, *Gorgias*, 454 e, 6-8).

Para Antonio López Eire “toda persuasión implica engaño, añagaza, argucia, artificio, artimaña, fingimiento, ocultación y trampa” (López, 1996, 72).

Otra característica no menos importante en este tipo de retórica es la adulación. La cual “no se ocupa del bien, sino que, captándose a la insensatez por medio de lo más agradable en cada ocasión, produce engaño, hasta el punto de parecer digna de gran valor” escribió Platón (*Gorgias*, 464d, 1-4).

Bajo esta clase de retórica negativa, la persuasión y la adulación constituyen elementos esenciales para la seducción del oyente. Pero dichos elementos no son homogéneos, el demagogo posee la astucia y ardid suficiente para saber generar los medios persuasivos y de adulación para cada caso, para cada público, para cada lugar y momento.

1.3 Segunda clase de retórica. Los que dicen la verdad: enfoque positivo

Esta clase de retórica se acompaña de ética y de filosofía. Así la retórica persuade a los ciudadanos para que en su conducta busquen la perfección. Para Sócrates “no hay arte de hablar ni lo habrá jamás si no está basado en la verdad” (Platón, *Fedro*, 260 e). Este autor argumenta sobre la existencia de una retórica que procura que las almas de los ciudadanos lleguen a ser buenas y justas. “Se debe usar siempre de la retórica y de toda otra acción a favor de la justicia” (*Gorgias*, 527c, 3-4). Al respecto, Platón afirmó: “si una persona no ha filosofado suficientemente, no será capaz de hablar jamás sobre nada”. (Platón, *Fedro*, 261a). Sólo el dialéctico es capaz de pensar y hablar correctamente, por lo que el aspecto ético no puede disociarse de la oratoria.

Una estudiosa contemporánea de la filosofía, Lourdes Rojas, estudiando a Homero, señala que, bajo el enfoque positivo, el orador es un aristócrata de la palabra que posee nobleza y educación.

“Parece interesante apuntar el carácter aristocrático de la oratoria que Homero presenta, pues los dioses, los reyes y los héroes son los únicos representantes del buen decir. Por ejemplo, los reyes tienen como función no sólo pelear bien sino hablar bien. La virtud homérica exigía del hombre la belleza del cuerpo y la bondad del espíritu y, por lo demás, identificaba en una misma figura al guerrero, que buscaba el honor en el campo de batalla y al noble que poseía la virtud del bien hablar” (Rojas, 1986, XVIII).

En el siguiente cuadro se presenta una comparación entre los dos tipos de retórica señalados.

CLASES DE RETÓRICA	
Enfoque negativo: Retórica mala que busca convencer con persuasión y adulación	Enfoque positivo: Retórica buena que busca la verdad y la justicia
Autores que la practicaron: Protágoras, Gorgias, Hipias, Pródico, Trasímaco, Critias y Calicles	Actores que la respaldan: Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Marco Fabio Quintiliano
<i>Características que las distinguen</i>	
<ul style="list-style-type: none">• Tiene deficiencia éticas• Busca convencer a como dé lugar• Engaña al oyente• Es demagógica, sucia, mentirosa• Se basa en diversos antivalores: irrespeto, astucia, ardid• Se apoya en la persuasión y la adulación• Propaga vicios• Se la conoce como <i>retórica sofística</i>• Se basa en ocurrencias y opiniones sin fundamento• Es ambigua, tiene deficiencias epistemológicas• Conduce a intereses particulares• Distorsiona la realidad• Genera demagogos y aduladores	<ul style="list-style-type: none">• Se acompaña de ética y filosofía• Se compromete con la verdad y la justicia• Busca el bien de la persona• Practica la justicia• El retórico se apoya en valores: belleza, respeto, veracidad, prudencia• Es clara, precisa, franca• Propaga valores• Se la conoce como <i>retórica platónica</i>• Conduce al interés por el bien común• Se respalda en conocimientos y fundamentos epistemológicos• Al apoyarse en la realidad es verídica• Genera individuos buenos y virtuosos

Fuente: Elaboración propia

Ya sea bajo una clase u otra el objetivo de la retórica es moldear la opinión del destinatario hasta convencerlo. En la antigua Grecia se decía que el fin de la retórica era “conducir el alma de una comunidad a la virtud a través de las palabras”.

2. SEGUNDA PARTE. CUANDO LA DEMAGOGIA LLEGA AL PODER

Ya desde la antigüedad, los teóricos de la teoría política advertían sobre el riesgo de la abundancia de aduladores en la democracia. En esta forma de gobierno la apertura total a la tolerancia y a la libertad de expresión ha dado pie a un vicio muy extendido: la *demagogia* (del griego *-demos-* pueblo y *-agein-*, dirigir). El diccionario de la Real Academia Española (RAE) define a la demagogia como:

1. Práctica política consistente en ganarse con halagos el favor popular.
2. Degeneración de la democracia, consistente en que los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos de los ciudadanos, tratan de conseguir o mantener el poder” (RAE, 2012).

Platón criticaba a los sofistas quienes eran maestros de retórica y se valían de sofismas, es decir, de argumentos con los que defendían lo que era falso. En el diálogo *Gorgias*, Platón dice que “con las palabras se puede envenenar y embelesar”, es decir, cautivar los sentidos del oyente.

El sofista trata de adquirir el dominio de razonamientos engañosos. Un sofista es quien utiliza el sofisma para razonar. Los argumentos sofisticos parecen ser tales pero en realidad no son más que falacias. Una falacia o sofisma es un razonamiento incorrecto que aparenta ser correcto. Es un argumento que no tiene validez ya que las razones dadas para soportarlo no están relacionadas con el tema, aunque parezcan estarlo. Sus razonamientos se apoyan en las formas de la lógica y de la teoría de la argumentación pero sólo para parecer válidas. Las falacias pretenden ser persuasivas, es decir, han de parecer argumentos sensatos para el receptor. De hecho, el oyente es convencido de que lo que escucha es cierto.

Cuando el arte de la persuasión no está al servicio de la verdad, es porque sirve a los intereses de quién habla. Y este interés es mayor cuando se une al poder político, afectando así a una comunidad. Aristóteles señaló que “Los hombres que ambicionan el poder actúan como demagogos y llegan hasta a dar al pueblo la soberanía sobre todas las cosas” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1305, 43-45).

La palabra es poder, de ahí que toda autoridad dependa de la palabra, se apoye en ella. La historia demuestra que los grandes líderes y pensadores han usado el poder de la palabra para formar, educar, transformar o dominar.

La palabra no sólo tiene el mérito de participar en la formación de la sociedad a través de dar significación racional a la naturaleza instintiva de las relaciones, sino también de transmitir valores, creencias que servirán de antecedente previo a la conducta humana. Representa por sí sola un instrumento valiosísimo de control social y hasta una magnífica alternativa de sustitución al imperio, siempre efímero, de la violencia de la mano. La palabra, en suma, nace con el poder. La palabra es poder (González, 1979, 9).

En este sentido, todo demagogo es peligroso. Con la palabra en sus manos puede engañar y colocarse incluso por encima de quien sí sabe y posee conocimientos. En un debate que enfrente, por un lado, a una persona que posee conocimientos y sabe, sin ser retórico y, por otro, a un demagogo que no tiene conocimientos y no sabe pero sí domina el lenguaje, será este último quien ganará. No sólo logrará vencer sino convencer. En palabras de Manuel Villoria (2011, 10): “Las personas siempre reconocemos el mejor argumento, tenemos permanentemente emociones y marcos cognitivos que nos condicionan; además, las personas tienen diferentes capacidades para argumentar, aunque tengan oportunidades iguales para expresarse, por lo que los más dotados para la retórica tienen mayores posibilidades de triunfar argumentativamente”.

Los griegos clásicos, creadores de los primeros conceptos de la política, tenían en alta estima a la palabra. Así, los atenienses consideraban a la retórica como ‘la ciencia práctica’ más importante. En uno de los diálogos de Platón se afirma que la retórica da al hombre el poder de reinar sobre los hombres

y hacer de ellos sus esclavos: ‘Tan grande es el poder de la elocuencia’. Ulises, arquetipo de las mejores cualidades del pueblo ateniense, afirmaba que la educación de todo ciudadano griego debe ser encauzada: “Para realizar acciones y pronunciar palabras (González, 1979, 13).

La retórica se haya vinculada directamente con la política. Quienes ejercitan la política necesariamente hablan en público. Pero este hablar de los representantes públicos, lamentablemente no siempre se acompaña de un saber previo acompañado de formación académica. De ahí que la democracia sea un caldo de cultivo para los demagogos.

Muchos políticos experimentan el hablar en público por necesidad, sin conocimientos ni técnica retórica, actuando por y con ignorancia. Al carecer de un saber, resultado de una sólida formación académica y cultural, se expresan a base de ocurrencias, ambigüedades, contradicciones y mentiras, convirtiéndose así en demagogos.

Las principales armas del demagogo son: el manejo del lenguaje, la persuasión y la mentira. Mediante la capacidad oratoria, al hablar con elocuencia, se logra atraer la atención y voluntad de los oyentes. El espectador, al escuchar la argumentación, es persuadido a creer en lo que se le dice. El demagogo, a través del dominio del lenguaje con mentiras, poco a poco va seduciendo al espectador hasta convencerlo. Los hay que logran desarrollar una clase de poder hipnótico sobre el espectador.

La astucia es también parte del perfil del demagogo. Una de sus habilidades es la de cambiar de tema o despistar cuando le conviene, es decir, desvía la discusión hacia algún asunto que domina o en el que dispone de alguna ventaja, sobre todo cuando se enfrenta a un oponente. El demagogo no responde directamente a las preguntas ni a los desafíos. Evade las preguntas, las invierte, es un maestro de las triquiñuelas.

Gracias a su habilidad retórica, este personaje suele llevar la situación hacia falsos dilemas, haciendo referencia a una situación en la que dos puntos de vista opuestos son presentados como las únicas opciones posibles, por ejemplo, la frase común: “Estás conmigo o estás contra mí”. Esta situación

supone una definición simplista de la realidad, de esta manera se consigue evitar tomar en consideración verdaderas posibilidades.

En suma, un demagogo en política reúne entre sus características ser hábil, astuto, hablador, adulador, mentiroso y jactancioso. Puede ser incluso un actor, lo que lo define perfectamente por lo que es: un politicastro, es decir, “un político inhábil, rastreo, mal intencionado que actúa con fines turbios” (RAE, 2012).

Si bien existen demagogos en diferentes ámbitos de la vida social: público, privado, social, académico, etc., el espacio por excelencia para las prácticas demagógicas es la política. En democracia, el mejor momento para que afloren los demagogos es durante las campañas políticas electorales. Es la ocasión de hacer promesas, muchas irrealizables, pero poco importa, porque de lo que se trata es de halagar a los ciudadanos. Por definición, el demagogo es un “adulador del pueblo”.

Las prácticas demagógicas se manifiestan cuando líderes políticos hacen concesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos, estimulando las ambiciones, necesidades, intereses y sentimientos de la población con el fin de conseguir su simpatía para llegar y/o mantener el poder. El demagogo es un experto en endulzar el oído del oyente que pertenece a un partido “atrapalotodo” o “prometelotodo”. Al respecto Platón escribió:

¿Piensas que los oradores hablan siempre para el mayor bien, tendiendo a que los ciudadanos se hagan mejores por sus discursos, o que también estos oradores se dirigen a complacer a los ciudadanos y, descuidando por su interés particular el interés público, se comportan con los pueblos como con niños, intentando solamente agradarlos, sin preocuparse para nada de sí, por ello, les hacen mejores o peores? (*Gorgias*, 502e, 4-9).

Es conveniente destacar que el papel que desempeñan los demagogos causa un efecto dañino a la sociedad. El ciudadano, al hartarse de tantas mentiras y promesas sin cumplir por parte de los políticos, termina por no creer ni a los políticos ni a los partidos. Esta situación genera apatía y desencanto por participar en los procesos electorales y, por supuesto, en la

política. Esto da paso libre a nuevos demagogos, mentirosos y corruptos, ampliándose así el círculo vicioso.

Tras las elecciones, una vez comprobado que las cosas siguen igual, que no hay cambios, los ciudadanos reconocen que fueron usados, que los partidos sólo juegan con ellos. Es entonces cuando se genera la sensación de haber sido engañados, de impotencia, de frustración, de no ser representados verdaderamente. Esta situación es peligrosa pues genera resentimiento y odio que, más allá de la apatía, puede tornarse en violencia.

Debido a las prácticas demagógicas surgen candidatos de bajo perfil, campañas sucias, procesos electorales amañados, fraude, trampas, compra de votos, llenado de urnas, rasuramiento del padrón electoral y clientelismo electoral.

Algunos de los elementos de la demagogia señalados se sistematizan en el siguiente cuadro.

<i>Antivalores que practica el demagogo</i>	<i>Efectos de la demagogia</i>	
	<i>En la ciudadanía</i>	<i>En el ámbito electoral</i>
Astucia / Maña Adulación Calumnia Encubrimiento Engaño	-Apatía por participar -Desconfianza hacía las instituciones políticas -Desencanto por la política	-Surgimiento de candidatos de bajo perfil -Campañas políticas negativas con descalificaciones -Juego sucio en el proceso electoral (antes, el día de la elección y en los resultados)
Falsedad /Fraude Habladuría Hipocresía Insinceridad Mentira / Embuste/ Falacia Ocultamiento Opacidad Seducción Simulación	-Frustración -Sensación de ser engañado -Sensación de impotencia -Resentimiento y odio que puede tornarse en violencia	Prácticas corruptas: -Fraude -Compra de votos -Llenado de urnas -Rasuramiento del padrón electoral -Clientelismo electoral.

Fuente: Elaboración propia

La historia muestra numerosos ejemplos de demagogia política en el escenario internacional, desde Adolfo Hitler seduciendo y convenciendo a los alemanes de ser la raza superior hasta George Bush acusando a Irak de tener armas de destrucción masiva, lo que condujo al derrumbe de todo un país.

En el caso mexicano son ejemplos los siguientes: a) Siendo presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), prometiendo acabar con la corrupción mediante una renovación moral de la sociedad, b) Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), declarando que había terminado con el problema de la deuda externa del país, c) Pedro Aspe, Secretario de Hacienda en el gobierno de Salinas (1988-1994), declarando que “En México la pobreza es un mito”, d) Vicente Fox, estando en campaña política en el año 2000, declarando que “resolvería el problema de Chiapas, del movimiento zapatista, en 15 minutos”, e) Felipe Calderón, siendo candidato a la presidencia en 2006, afirmando: “Para que vivamos mejor seré el presidente del empleo”.

También en periodo de campañas políticas se forman equipos de asesores para los candidatos de los partidos con el fin de generar propuestas que sean atractivas para la ciudadanía. De esta manera se clasifica a esta por: a) Edad: jóvenes, adultos, ancianos, b) Género: hombres, mujeres, homosexuales, c) Agrupación de sectores profesionales: obreros, campesinos, empresarios, etc. d) Posición económica: ricos, pobres, clase media.

Gran parte de las propuestas de los candidatos son meras ocurrencias, ambiguas e imprecisas. Son propuestas generales, muchas utópicas, imposibles de cumplir, sin señalar los mecanismos, la metodología, el plazo o la fuente de ingreso. Los asesores fabrican “slogans” de campaña. Son ejemplos los siguientes: “Él tiene la solución”, “Él sí sabe cómo hacerlo”, “Vota por un ecologista, no por un político”, “Piensa en grande”.

Aunado a lo anterior, se utilizan de forma intensiva técnicas provenientes del marketing y la publicidad enfocadas a la personalización de los candidatos, por lo que a las democracias contemporáneas se las ha calificado de *sistemas demagógicos mercantilizados*. Otra expresión común es la de *demagogia mediática*, en razón de la importancia y uso de los medios de comunicación a través de los cuales se engaña y manipula la opinión pública.

Es de señalar que los demagogos no son personajes exclusivos de las democracias, también en las dictaduras están presentes. En estas los demagogos justifican los golpes de estado y la imposición de sistemas no democráticos. Ya desde la antigüedad los teóricos de la política señalaron que la demagogia llevada al extremo es peligrosa al instaurar un régimen autoritario o tiránico que elimina a toda oposición. Los demagogos, arrogándose un derecho divino, sienten que son los únicos con capacidad para guiar a su pueblo, velar por los intereses de las masas o defender a la nación. La historia demuestra que una vez en el poder, omiten la representación del pueblo e instauran una tiranía o dictadura personal.

Cuando los demagogos se posicionan en los diversos poderes públicos todo el Estado se corrompe, creándose un mundo ficticio basado en mentiras. Cuando la demagogia se une al poder se practica la injusticia, el nepotismo, la ineptitud, el despilfarro, en suma, se multiplican las prácticas corruptas. El hecho de que demagogos ocupen puestos de representación popular es grave porque, al ser figuras públicas, se convierten en referentes para los miembros de los diferentes sectores de la sociedad. Concentran la mirada de colegas de partido, compañeros de trabajo, de aspirantes a política, de jóvenes y niños tornándose automáticamente en maestros de la corrupción.

3. REFLEXIONES FINALES

Para Platón la actividad retórica no se puede realizar más que dentro del ámbito de la ética. La ética del individuo está en relación con la ética de la sociedad. La verdadera retórica no trata de agradar sino de procurar el mayor bien a los ciudadanos. En sus propias palabras: “Quien tiene el propósito de ser realmente orador ha de ser justo y conecedor de lo justo” (Platón, *Gorgias* 508c, 1-3).

El reto se haya en identificar y obstaculizar la función del demagogo, en impedir que asuma el poder. Para ello serán necesarias acciones como las siguientes:

- a) Establecer diques a los candidatos a puestos de elección definiendo un perfil con requisitos básicos, entre ellos, poseer valores éticos.
- b) Impulsar la clase de retórica sana acompañada de la veracidad de las palabras. Octavio paz decía que “La corrupción de la conducta de los

seres humanos se inicia por la palabra. La corrupción de las palabras es la fuente de toda corrupción. Cuando las palabras se corrompen, la sociedad se corrompe. Una nación comienza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis” por lo que un uso adecuado de las palabras da pauta a una buena sociedad.

- c) Combatir la ignorancia mediante la educación, pues aquella es la raíz de muchos de los males del ser humano.

Terminareis por descubrir que la causa de la destrucción de los reinos (...) no fue la cobardía (...) sino que los destruyó su impericia en todo lo demás y, en especial, la ignorancia de las cosas más importantes en los asuntos humanos (Platón, *Leyes*, Libro III, 688 c).

Dicha educación debe ser impulsada en gobernantes y ciudadanos. Al respecto, Séneca escribió:

Conviene que el custodio de las leyes y el gobernante de la ciudad, en la medida en que pueda, con palabras y estas las más suaves, tutele los ánimos de forma que les persuada a cumplir con su deber, y concilie en sus corazones el anhelo de lo honesto y de lo justo (...) (Séneca, *De la Cólera*, Libro I, 6, 3).

Impulsar la educación en la ciudadanía conlleva un pensamiento crítico. De esta manera el individuo podrá desenmascarar al demagogo. Una educación verdadera es un freno a la demagogia.

(...) los que han sido correctamente educados llegan a ser en general buenos, no debemos desvalorizar en absoluto la educación, en la convicción de que es el más importante bien que los hombres mejores pueden adquirir (Platón, *Leyes*, Libro I, 644 a).

No obstante, hay personas que no fácilmente identifican la falsedad de las afirmaciones que escuchan. Cuando esto sucede nos encontramos ante una evidente manipulación de la opinión pública a través de los encantos del lenguaje. Alejo Carpentier escribe en *El Siglo de las Luces*: “Cuidémonos de

las palabras hermosas, de los mundos mejores creados por las palabras; no hay más tierra prometida que la que el hombre pueda crear por sí mismo”. En este sentido conviene también recordar lo afirmado por Eurípides: “¡Qué dolor que las acciones no tengan voz, para que no sean nada los hábiles de palabras!”.

En las democracias contemporáneas existe una tolerancia y permeabilidad a la falsedad, a la mentira, a las prácticas demagógicas. Sabemos que los políticos mienten y no pasa nada. Se solapa la mentira.

Para saber si alguien miente hay que comprobar lo enunciado con evidencias tomadas de la realidad. Para ello se requiere un mínimo de ética, cultura política y valores democráticos. El ciudadano está en su derecho de pedir a quienes ejercen el poder político la responsabilidad de ser verídicos y transparentes, sobre todo si se quiere gozar de la confianza, reconocimiento y aceptación ciudadana.

El derecho a la verdad es un valor universal que conviene recordar una y otra vez hasta que quede bien asimilado con el fin de estar alertas ante la presencia de un demagogo. La *veracidad* es una virtud ética que acompaña a la retórica junto a la *franqueza* y la *sinceridad*. En este sentido Platón afirma:

En la situación actual parece que necesitamos un hombre osado que honrando de manera notable la franqueza, diga lo que le parece ser lo mejor para la ciudad y los ciudadanos y ordene en las almas corruptas lo conveniente y en armonía con el régimen político en su conjunto, contradiciendo los deseos más violentos, sin tener ninguna ayuda humana, sino obedeciendo sólo a la sola razón (Platón, *Las Leyes*, Libro VII, 835c y d).

Bibliografía

- Aristóteles (2010), *Retórica*, México, UNAM, Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 187 p.
- Aristóteles (2007), *Retórica*, Madrid, Alianza Editorial, Colección Clásicos de Grecia y Roma, 316 p.
- Beristain, Helena y Gerardo Ramírez (2010), *Espacios de la retórica problemas filosóficos y literarios* (compiladores), México, UNAM, 384 p.
- Del Paso, Fernando (1987), *Noticias del imperio*, México, Editorial Diana, 670 p.
- Heredia Correa, Roberto (1999), “Prologo”, en: Marco Fabio Quintiliano, *Institución Oratoria*, Conaculta, Colección Cien del Mundo, pp. 13-24.
- González Llaca, Edmundo (1979), *Las palabras y el poder*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios sobre la Humanidad, 18 p.
- Jaeger, Werner (1978), *Paideia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1151 p.
- Kant, Immanuel (1789), *Metafísica de las costumbres* (*Metaphysik der Sitten*) (1797), Trad. esp. *La metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos, 1989.
- López Eire, Antonio (2002), “Retórica y lenguaje”, en Helena Beristain (comp.), *El Abismo del lenguaje*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- López Eire, Antonio (1996), *Esencia y Objeto de la retórica*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas.
- Marco Fabio Quintiliano (1999), *Institución oratoria*, México, Conaculta, Colección Cien del Mundo, 630 p.
- Méndez Aguirre, Víctor Hugo (2007), *La persuasión en la utopía platónica*, México, IIF-UNAM, Colección de bolsillo No. 31, 100 p.
- Paz, Octavio (2003), *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 305 p.
- Platón (2008), “Gorgias”, en *Diálogos IV*, Madrid, Biblioteca Clásica de Gredos, pp. 23-145.
- Platón (2007), “Fedro” en *Diálogos III*, Madrid, Biblioteca Gredos, pp. 287-409.
- Real Academia Española, Diccionario en línea <http://www.rae.es/rae.html>, consultado el día 17 de marzo de 2012.
- Rojas Álvarez, Lourdes (1986), “La oratoria en Grecia”, en *Lisias contra Eratóstenes*, México, UNAM, Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.
- Schmidt Osmanzik, Ute (2002), “El político como pseudo-filósofo”, *Kleos* 4.

Villoria, Manuel, 2011, *¿Más libertad o más felicidad? El buen gobierno del siglo XXI*, Ponencia presentada en el XVI Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Asunción, Paraguay, 25 p.